

Reportaje

Entre el vértigo y la añoranza Yolanda Zamora

Claroscuros

Ante el vertiginoso presente que vivimos es muy común escuchar decir a la gente mayor que “todo tiempo pasado fue mejor”. Sin embargo, aunque es comprensible esta actitud de quienes extrañan la vida sosegada del siglo pasado, añoran la ciudad misma, antes menos caótica, las calles menos peligrosas y todas esas formas de encuentro humano que han quedado atrás, no podemos decir que todo tiempo pasado fue mejor. La afirmación es, cuando menos, cuestionable. De hecho, cada época, cada generación, cada circunstancia tiene sus propias características, sus propios valores y sus propios retos.

Se habla con insistencia de los grandes logros científicos y tecnológicos de nuestro siglo, pero vale la pena preguntarnos, no obstante: ¿qué de cierto hay en esta actitud triunfalista del hombre y su razón? ¿Qué hemos ganado y qué hemos perdido a la luz de esta llamada postmodernidad que vivimos?

La respuesta no es fácil porque estamos hablando de una compleja realidad cambiante minuto a minuto, realidad que reviste filosas y controversiales aristas. Sin duda hay grandes ventajas en este presente que vivimos, revolucionado por toda clase de innovaciones, sobre todo en materia de comunicación, de ciencia, de medicina y de conquistas tecnológicas. Pero es cierto también que es indudable que hemos perdido para siempre otros aspectos que tienen que ver con la prioridad de la dimensión humana. ¿De qué nos ha servido, por ejemplo, alcanzar la luna, si aquí en la tierra hay seres humanos que aún se mueren de hambre? ¿Cuál es el valor de vivir “comunicados” con todo tipo de sofisticadas herramientas, si somos indiferentes con la persona que está a nuestro lado, como si no existiera? ¿De qué sirve estar conectados con el mundo, si en medio de esta ficción de compañía hay soledad, aislamiento e individualismo?

Una mirada comparativa

Propongo una mirada comparativa al pasado que nos tocó vivir a muchos de nosotros, y al presente de nuestros niños y jóvenes, actualidad que nos asombra, sin duda, pero que también nos asusta y amenaza. Pero para ello, y para no perdernos en una avalancha de ocurrencias deshilvanadas, necesitamos elegir un campo muy concreto sobre el cual podamos conversar analizando pros y contras. Sugiero considerar el binomio: Comunicación y sociedad. Es en este campo en el que se manifiesta de manera palpable, el llamado progreso tecnológico; y es en este terreno también en donde podemos apreciar con mayor claridad los claroscuros de nuestra circunstancia actual.

La comunicación y sus paradojas

Desde que el hombre existe sobre la tierra, por su menesterosidad y su necesidad de pertenencia, ha sentido la necesidad de comunicarse y de dar cuenta de su realidad. En forma incipiente al principio, con un lenguaje que partió de sencillas onomatopeyas, expresiones casi guturales que fueron convirtiéndose en palabras y posteriormente en escritos. De la oralidad, a la palabra escrita... el teléfono, la radio, la televisión, la

comunicación satelital y, en la actualidad, es tal la sofisticación de los medios, que la tecnología permite comunicarse a prácticamente todos los rincones de la tierra, de manera casi inmediata. Se habla de computadoras, Ipods, Ipads, tablets, celulares que obedecen órdenes... y toda suerte de instrumentos. Ahora todos, o prácticamente todos, desde el alto ejecutivo, hasta el repartidor de garrafones de agua, desde el vendedor de paletas hasta el diputado, traen su “aparato” personal y se enfrascan en diálogos cibernéticos a la menor provocación, manejando, en medio de una conferencia, de una comida familiar, de una función de cine, o de una liturgia. La prioridad la tiene el celular. Sí, hemos alcanzado logros insospechados en materia de comunicación, pero... ¿cómo explicar entonces el fenómeno de aislamiento, individualismo, egoísmo, depresión, desaliento... que muchos seres humanos experimentan, sintiéndose en soledad en medio del auge de la comunicación actual?

Este es un claro ejemplo de la paradoja del progreso. La promesa de la modernidad, de “un mundo feliz” nunca se cumplió, y en cambio los abismos generacionales, la injusta distribución de la riqueza, las diferencias de países y ciudadanos “de primera o de tercera”, es cada vez más profunda. Demos un vistazo a la vida cotidiana. Antes, a mediados del siglo XX, bastaba un aparato televisor para la familia, y en la sala se congregaban todos para disfrutar de un rato en común mirando tal vez un partido de futbol, o un ingenuo programa de “Noches tapatías”. Ahora, cada miembro de la familia tiene su propio televisor en su cuarto, y la puerta se cierra, como se cierra el corazón también con ella.

Recordemos que había también un solo aparato telefónico, colocado estratégicamente para el uso de toda la familia. Ahora, cada miembro de la familia tiene su propio celular y, no es raro ver al joven, o a la jovencita, o a la madre, o al padre “clavados” en su aparato “chateando” o “twitteando”... en medio de una comida, o de una reunión familiar, o en el restaurant, o incluso... en misa. Ni qué decir de su majestad el automóvil. Los cambios en las ciudades, sorprendentes pasos a desnivel, autopistas impresionantes, puentes y glorietas... giran en torno a la “rueda monarca”. La Guadalajara de antaño, por ejemplo, pasó de los tranvías de mulitas, al desastre del pulpo camionero, y fue la demanda de espacios para los autobuses y automóviles la que hizo que se ensancharan las calles, y se “recorrieran los edificios”. Había que hacer espacio para los automóviles, que representaban el progreso. Y ahora, ¡Dios nos libre! La ciudad, antes amable, ahora es invivible por momentos, sobre todo en horas pico. Los automóviles estacionados sobre las banquetas, en las zonas peatonales, fincas destruidas para hacerle espacio al automóvil. Y el parque vehicular se sigue incrementando día a día. De continuar así, nuestra ciudad podría convertirse en un gigantesco estacionamiento. Lo vemos, lo sabemos y lo dejamos ser... como la “Crónica de una muerte anunciada”.

Todo esto es modernidad, grandes conquistas tecnológicas, arquitectónicas, sofisticadas redes mercadológicas... ¿y la dimensión humana, qué?

Es innegable que el hombre ha avanzado en el campo de la medicina. Ahora se habla de todo tipo de respuestas ante las enfermedades, pero no podemos olvidar que generalmente las soluciones están ahí para quien puede pagarlas. Y mientras para una persona un diagnóstico grave significa la muerte, para otra, es cuestión de “volar a Houston” y atenderse. ¡Y qué bueno que esto se pueda hacer, claro! Sólo que aspiraríamos a que las soluciones logradas por la ciencia estuviesen al alcance de todos.

Contradicciones e injusticias

Volviendo a los avances en la comunicación, damos por hecho que todos los países poseen ordenadores y están comunicados con el mundo. Pero, una vez más, vale la pena recordar que existen países que no tienen qué comer, mucho menos podemos decir que “estén comunicados con el mundo, gracias a la ciencia revolucionaria de nuestro siglo”. Y esos países... ¿no existen? ¿Qué hemos ganado, y qué hemos perdido? Hemos ganado sí, conocimiento, tecnología, respuestas en el campo de la medicina, de la conquista del cosmos; aparatejos que hacen la vida más cómoda –para unos, claro- y que se convierten en necesidades creadas, cambiadas y actualizadas una y otra vez, según ordene el mercado y la competencia social.

Hemos perdido sensibilidad hacia el otro; sencillez en la vida cotidiana; moderación en el estilo de vida, convertidos muchas veces –como el rico epulón-, en hedonistas derrochadores, acumulando más de lo que necesitamos, para, eventualmente desahogar nuestros apretados “graneros” y jugar a dar lo que nos sobra.

Analicemos ahora los hábitos y costumbres de la actualidad, en contraste con épocas pasadas.

Objetivamente, ¿qué se ha ganado?

Más libres

Por supuesto que son muchas las conquistas alcanzadas durante el siglo XX, e implementadas durante esta primera década del siglo XXI. Una de las más valiosas, y quiero subrayarla, es la libertad que ahora vive la juventud. Y digo claramente, “libertad”, entendida como la capacidad de auto-determinarse que ahora tienen los jóvenes. Libertad para elegir una carrera, libertad para viajar, libertad para escoger una pareja y vivir el amor a plenitud. Libertad para formular sus propios ideales y seguirlos. Libertad para cuestionar los paradigmas... La juventud actual ha realizado una ruptura importante con los apretados corsés convencionales que marcó la sociedad en el pasado. Solíamos escuchar: “Yo estudié tal profesión, ahora tú seguirás mis pasos obligadamente”; “las mujeres no necesitan estudiar, al cabo te vas a casar”, “la carrera universitaria es la solución a tu vida y no hay opción”; “hacer un patrimonio es tu prioridad en la vida”, “elige al mejor partido, ya después vendrá el amor”... y consignas parecidas. ¿Suenan exagerado? No. No lo es tanto. Por supuesto que esta libertad conlleva grandes responsabilidades que una buena parte de la juventud no termina de asimilar. Y vemos, lamentablemente, el efecto del péndulo que, tanto tiempo contenido, al soltarlo se va hasta el otro extremo. Pero poco a poco, sabemos que irá oscilando hasta encontrar su centro.

Somos testigos, sí, de alardes de libertinaje, desconcierto, confusión de roles y valores... Quizá, entre las pérdidas más dolorosas, al lado de las conquistas femeninas, esté la pérdida del pudor y del misterio que forma parte del *ethos* femenino, y de la relajación y falta de compromiso de muchos varones ante el reto de la pareja. ¡Es tanta la oferta, que por qué comprometerse con una sola opción!

Pero al mismo tiempo, como ocurre en cada generación, emergen valiosos jóvenes que viven su momento, pero asimilan también lo mejor de la herencia de sus mayores en su camino de aprendizaje. Desde mi muy particular óptica, estoy convencida de que vale la pena apostar por la juventud actual, creo en ella y estoy segura de que sabrá responder a sus

propios afanes en estos albores del siglo XXI, como nosotros, en el pasado enfrentamos también nuestros propios retos.

... con esperanza

Finalmente, no podemos evaluar la existencia como un proceso de “pérdidas y ganancias” con el parámetro económico como referencia. Los seres humanos somos apertura, innovación, transmisión de hábitos, pero también modificación de una herencia a la luz de las nuevas generaciones.

Y para cerrar esta colaboración, quiero subrayar que no podemos perder de vista, con esperanza, que más allá de los logros o retrocesos de la humanidad, existe un proceso teleológico que nos trasciende, y que se encamina hacia la Luz.

Crear en ello es apostar por nuestro presente, confiar en el futuro de los seres humanos y entender la fe... como una certeza de vida.